guillermo cosarinsky + matila

a brasa dora

la víbora que faltaba

Siento una transparente lentitud en el lóbulo. Me miro en el espejo. En el piso de abajo taladran una muela. La muela, muele. El lóbulo, aúlla. Descanso una pata en el fuego. Las llamas me llaman pirata. Pirata aullador de los mares globulares, aclaro. Oleajes lentos, peludos. Hay una ola que desde hace días me está haciendo desastres en la heladera. La ola confecciona, en frío, sacos, pantalones, pilotos, tapados: todo a medida. Poco a poco, mi heladera se transforma en armario. Y mi armario, en canario.

El canto del canario acompasa los verbos dolorosos de la destrucción de muelas en el piso de abajo. Piso abdominal, cazador de vampiros. Tal vez pueda pedirle que venga a fumigar. El aleteo me tiene las bolas por el piso. Las olas pisoteadas, los colmillos achicados. Tendría que pedir turno con el tipo de las alfombras. Me miro en el espejo. El canario no es rubio.

Cada tanto abro la heladera para ver qué está pasando. Pasan mangas y solapas. Se sobrepasan conmigo. Si dejo la mano en la puerta de la heladera, me acarician los dedos. Alguien golpea la puerta. Es el piso de abajo, está todo ensangrentado. Dice que viene a llevarse un par de pantalones y una camisa blanca para blanquear la culpa. Se los entrego gentilmente, y le pregunto si es posible que la masacre molar sea un poco más silenciosa.

Me abalanzo sobre una langosta de considerables proporciones. La sostengo con una mano semicerrada, amablemente. Me gusta el roce frío de sus patas en el interior de mi puño caliente. Desde el filo del pantalón me amanece una fina desconfianza. El gusanito deseante aborda el pasadizo. Estoy oscuro y mis paredes pierden densidad. Se gasifican, me las estoy respirando. Intoxicado, convoco al vómito: "vómito, vení". El vómito aparece blanco, en forma de ladrillo. No alojo culpas en el estómago. No puedo construir nada con un ladrillo solitario.

No encuentro el baño. Se me perdió. Se habrá traspapelado. Claro, en esta montaña de papeles, traspapelarse es tan común como respirar. Yo me traspapelo permanentemente. Me traspapelo hacia un dolor de cabeza verde, hasta encontrarme en el calor de una mano, aprisionado amorosamente. Es notable como las viejas farmacéuticas del barrio son todas una manga de ineptas con cara de tortuga carbonizada. La heladera-sastre no se especializa en mangas de ineptas. La heladera-sastre no se especializa y punto.

La canícula está de fiesta. Me ladran los brazos. Tiro los dólares por la ventana. Y la ventana invierte en la bolsa, hace saltar la banca. Negocio redondo. Arreglo hondo, la bolsa está remendada pero no tiene fin. El chiste está caliente, recién salido del horno. El chiste quiere venganza: cumplió la pena máxima hasta hervirse en el horno y planea volarlo en pedazos. ¿Dónde está el puto baño? ¿Lo habré tirado por la ventana, mezclado entre los dólares? De ser así, la ventana me habrá cagado la fortuna y el baño. Habré de recurrir a la venta de trajecitos fríos. Mi sastre-heladera reconstruirá mi cagada fortuna y podré comprar un baño nuevo. Compraré un baño para tirarlo al inodoro, dólares para tirarlos por la ventana. Compraré mierda para poder cagarla.

La langosta reclama su inmediata liberación. Tiene urgencia por saltar montes. Montes de ocas que trompetean el final de todo. La langosta está dolarizada. Los dólares saltan. La banca salta. Llega la bolsa invertida y estoy oscuro. La bolsa está llena de planetas des(h)echados. Basura intergaláctica. Compro todo. Compro el final de todo para tocar la trompeta. A la tercera nota la trompeta se funde. La meto en la heladera-sastre para solidificarla. Sale vestida. Sigo tocando, la descalzo, corro sus medias, le bajo el cierre. Apoyo los labios sobre su boca y soplo dulcemente. Resuena un gemido entre sus cavernosidades. Aprieto sus pezones y el gemido se hace canción. El cantar tiene algunas plumas, no es rubio. Su dentadura deja una impresión epitaxial sobre las rocas blandas. Perdió el juicio cuando le asesinaron la muela. Culpó a su abogado. Lo vistió de negro. Le encajó diecisiete patadas en el ocote. Pero el letrado pareció no detectar nada. No supo leerse ni contarse las patadas. Fue declarado occiso por ineptitud. A su negro traje le sobrevinieron unas mangas de ineptas, sobre todo en el sobretodo. Los herederos donaron el traje a la langosta. Se lo calzó y le creció un harén.

La vida en el harén es tranquila y armoniosa. Los sábados se cuecen las habas, y los miércoles se lustra al gato. Hay un tipo que da turnos, el tipo de las alfombras. Lo llaman y sale al patio. Habla con la voz baja, al ras de las alfombras. Les susurra palabras mágicas. Las alfombras reciben toda clase de bendiciones obscenas casi imperceptibles y salen caminando. Transportan manjares ilegales a pedido. Esta vez su destino es Damasco. Allá las espera Abdulazhan, fumando su pipa de estrellas. Llegan las alfombras a las puertas del fumador y Abdulazhan pela la piel de Damasco para que puedan entrar.

Soy Abdulazhan. Me miro en el espejo. No soy rubio y me duele la ausencia de una muela. El humo de estrellas no me calma el dolor. Hay un gran canario cantándome en la boca. Su constante aleteo me seca la lengua. ¿Dónde está el baño? Quiero vomitar el canario.

Una alfombra llora. Ha sido manchada con un vómito emplumado. La alfombra es blanca. El vómito pide disculpas, no se las dan, se pone su mejor traje negro y sale volando. Entra por la ventana, acompañado de un puñado de dólares. Esto es insostenible. Estoy a los zapatazos limpios, tratando de aplastar los dólares que salen del inodoro y, para colmo de males, ahora se meten frescamente en la casa con vómito y todo. Necesito que el piso de abajo venga a fumigar pronto.

Por las tardes, cuando se oculta el sol, el harén arde en llamas. Llamas, vicuñas y otros camélidos. Todos inflamables de primera categoría. Todos pirómanos. El fuego es tierno y acaricia a todos por igual. El harén se consume, come de sus propias entrañas. Se marchita candoroso como una mano replegada. Llega el piso de abajo, veneno en mano, pero al oler el perfume a carne tostada, deja de lado todas sus responsabilidades para dedicarse a la saturación de sus sentidos. Todos descansan una pata en el fuego. Todos se muelen a aullidos. Todos se miran en el espejo.

Abdulazhan llora. Las alfombras intentan consolarlo, pero el dolor del fumador de estrellas es un incendio incontrolable. La culpa es del espejo, que duplica las llamas. Hacen cuarenta y dos grados, pero el espejo dice que son ochenta y cuatro. Abdulazhan llama a los bomberos. Llegan y comienzan a golpear sus bombos. La batucada aviva las llamas. Abdulazhan llora por triplicado y sus lágrimas apagan el fuego. Abdulazhan sigue llorando por triplicado, y el espejo hace séxtuple la inundación. Crecen olas lentas, peludas. La heladera toma rumbo sud-sudeste. Abdulazhan, las alfombras, el harén, las llamas, vicuñas y otros camélidos, las estrellas, la pipa, Damasco y su piel, los bombos y los bomberos; todos ellos desembocan en el inodoro. Y la heladera continúa rumbo sud-sudeste. Avanza con el corazón roto, su luz interior cortada con una tijera de costurero. Avanza lento, y la lentitud es transparente. El agua, en cambio, se oculta bajo un manto de pelaje profuso. El agua miente, trastoca, pervierte. Gotea su mentira de tristeza sobre nuestras cabezas: dice estar triste cuando en verdad su río ríe. Y esa risa empuja a la heladera con rumbo sud-sudeste. Y la heladera se contagia de la risa. Los trajes, sacos, tapados, sumamente inflamables todos ellos, se prenden risa. La heladera

ríe ahora a carcajadas, y las lenguas de fuego emergen de su garganta chamuscando el burlete de sus labios. La heladera llora fogosamente de la risa: se descongela, hace aguas, rompe bolsa.

Un nuevo traje ha nacido. La corbata umbilical ha sido cortada, y el neonato duerme apaciblemente en el cajón de las verduras. Pronto le crece moho a modo de cabellera. Sueña con un canario que no es rubio. Ese canario es mío. Lo tengo bien guardadito en mi puño. Mi puño no es mío y canta por el canario. Desde que me lo apropié, el canario enmudeció su rubiedad. El puño canta su ajenidad, y su cantar no es rubio. Al cantar, el puño se abre, y el canario se escapa, calladito. Y de tan calladito, los guardias del sueño no se despiertan a tiempo, y el canario se escapa del sueño también. Así termina adentro de la heladera, en el sector de los huevos. Los mira, los picotea y se decide a empollarlos. Después de un rato los huevos explotan, destruyendo por completo a la heladera que vuela como un canario por los aires.

El recién nacido traje ha quedado huérfano. Es su culpa, por soñar con canarios. Pero yo, Abdulazhan, soy un hombre compasivo, y tomo al trajecito en adopción. Y para que tenga suficiente espacio para jugar, compro el piso de abajo. Me bebo al pobre traje; mi cuerpo será su hogar. Me miro en el espejo. Me veo la transparente lentitud del lóbulo. El lóbulo de Roche, el lóbulo temporal, el lóbulo polar. Desde el parietal derecho, se puede observar como la nube dendrítica expulsa su fuego de pensamientos. Unos pensamientos están a favor, otros en contra. Yo estoy en contra. El espejo está a favor. Mi naturaleza juega las cartas de otro. Alguien puso un huevo-bomba en mi interior. Voy a estallar.

Ahora que me partí en mil pedazos, practico la monogamia. Cada mujer de mi harén se ha emparejado con uno de mis fragmentos. A mis fragmentos les gusta investigar y usan sus lengüitas. Estos instrumentos permiten el reconocimiento detallado de las superficies, en cuanto a topografía y sabor. Prefieren las áreas ricas en sudor de catacumba y aquellas lagañas secas que se acumulan en los velatorios primaverales. Miran todo muy de cerca con sus pupilas gustativas. El gusto de la cercanía hipnotiza a las pupilas y descienden a los tumbos en una espiral de sopor.

Cada fragmento, con su respectiva pareja, yace sobre una alfombra. La alfombra es grande, mayor de edad, y el contacto de los que yacen sobre ella produce una tensión insoportable en la total extensión de sus fibras. Finalmente, la alfombra cede, relaja la tensión, y se enrolla sobre la pareja. Sobreviene la sofocación y el sueño. La alfombra enrollada es un puño, sus presas dormidas se ponen verdes.

Varias parejas de langostas saltan sobre las olas. El viento acaricia sus pelajes en dirección sud-sudeste. Un canario rubio está acicalando una ola. De pronto, divisa la presencia de una pareja de langostas que se acercan saltando de la mano. Ahí estoy: soy el salto. Ya no soy. Ahora soy de nuevo. Ya nos soy. Ahora soy de nuevo. Ya no soy. Ahora soy de nuevo. La pareja se detiene junto al canario y no soy más. Soy menos, mucho menos que antes. Soy verde, no soy rubio. Soy un poco de algo. Soy casi nada. Soy Abdulazhan. Soy el nombre Abdulazhan, soy la palabra Abdulazhan. Soy Abdulazhan leído en voz alta. Soy un sonido lento y transparente. Soy un sonido peludo. Soy una alfombra sonora. Soy este pequeño paréntesis que abro y cierro para contener la respiración: ( ). Soy estas migas que siembro para que el canario no olvide el camino que lo conduce a mi boca: ....

La heladera ha llegado a puerto. Con un gordo y tuerto motín a bordo. El instigador fue un pantalón de gabardina. Se hartó de estar confinado como una sardina, se asqueó de viajar con un propósito entre las piernas. Se bajó la bragueta y asomó el canario. El ave es transparente, anda a los picotazos en flor. Pica y fecunda bajo una rotunda cortina de incertidumbre. Viola inmaculadamente. Ya son varios los progenitores repentinos que están poniendo sus huevos explosivos. Huevos empollados por víctimas, huevos victimarios, huevos que no son rubios. El tiempo corre. Faltan 2 segundos para que estalle el huevo que tengo en mi mano izquierda. El tiempo agita las piernas velozmente, ve una alfombra y se le sube encima. El tiempo ordena la huída pero la alfombra camina con dificultad porque tiene artrosis. El tiempo llora. Mi mano derecha llora. La alfombra se queja. El huevo está impaciente. Está que revienta, pero los 2 segundos no terminan de pasar. El tiempo se está secando de tanto llorar. La alfombra está empapada de lágrimas. El espejo establece otros 2 segundos suplementarios. Los segundos (un total de 4 huelguistas) no quieren terminar de pasar. Mi mano izquierda, sin notarlo, aprieta el huevo mientras piensa en su madre, momificada por causas naturales hace treinta años.

Golpean la puerta. Es una pareja de langostas. Los hago pasar. Les convido un tecito. El té es verde y ellos

son verdes. Se duermen en el piso. Sueñan con un canario rubio. Al despertar, se percatan de que alguien ha robado sus dólares. Fue la puerta, hurtó para vengarse de los golpes. Huyó por la ventana. Cayó y se quebró la espalda. La espalda es un espejo roto. Me miro en la rotura, me veo la noche que dice "por un puñado de dólares te cuido los huesos hasta el amanecer". Un puñado de dólares: un puño verde, espinoso celador del corazón negro del bosque. Negro como el latido lunar de un pantalón de cuero motorizado. Tracción a sangre, combustión interna de las tripas. El runrún de la piel sudando gases de escape. Huir, salir a la mar peluda en pata de palo. Remar con falo de oca. Perderse el sexo en las abiertas profundidades de la soledad a fuego lento. ¿Y quién me entiende? ¿Y quién me ama? ¿Y quién me escribe las venas en el acto de hacer un nudo? Me miro en el espejo. Mis tripas son canarios son langostas son alfombras. Mis tripas, falsos frutos. Frutos engañosos, que esconden un universo de espanto en su interior. Cuando un canario se acerque, no enseñaré mis colores. Mostraré mi reflejo, mi imagen invertida. Este universo, este reverso, este recontra verso: mi trampa nació lista.

la víbora que faltaba
buenos aires
laviboraquefaltaba@gmail.com
laviboraquefaltaba.wordpress.com
febrero 2014